

Dr. José María Urbina

Profesor de la Cátedra de Patología Interna

Observaciones en los Hospitales y Universidades Americanas. Sugerencias a la Facultad de Medicina

ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

Conferencia sustentada en el Salón Máximo de la Universidad Central

En una lluviosa mañana de noviembre, hicimos un paréntesis a nuestra asistencia hospitalaria. Amigos, compañeros y los estudiantes que hacíamos el curso de P. I., nos encaminábamos hacia el aeródromo de Cotacollao. Ibamos a despedir al distinguido catedrático y caballeroso amigo. Se alejaba transitoriamente en busca de salud para uno de los suyos, alejamiento que nos privaba de uno de los verdaderos valores de la cátedra universitaria. . . .

Y transcurrió el tiempo y luego de larga espera, dábamos la bienvenida al recordado profesor. Días después, el Dr. Urbina exponía en una conferencia sus observaciones y hacía sugerencias tendientes a una reforma casi radical en nuestra Facultad de Medicina, que de ser llevada a la práctica, desde ya vislumbramos un nuevo amanecer para nuestra U. C.

(Tomado de "RUMBOS", Revista de Juventudes Universitarias.—Enero - Febrero de 1945).

Hace poco más de un año, cuando por circunstancias especiales víme obligado a trasladarme con mi familia a los Estados Unidos de Norte América, en el afán de obtener para mi hijo los beneficios de una avanzada cirugía, el Honorable Consejo Universitario tuvo la gentileza de ofrecermel el permiso y los auxilios económicos que los reglamentos permitieron. Pero al mismo tiempo, me proporcionó el honroso encargo de observar el trabajo y la organización de las Facultades de Medicina y de los Hospitales de esa gran nación. Y es así cómo después del trágico desenlace del principal motivo de mi viaje, con el corazón destrozado por el más cruel de los dolores, víme obligado a cumplir con mi segundo cometido.

Desfalleciente y agotado por la tremenda realidad de mi desgracia, pero consciente de mi grande responsabilidad para esta Universidad querida y todo lo que ella encierra, recordando al mismo tiempo mis deberes para con su juventud prometedora emprendí mi trabajo en las más desfavorables circunstancias. Pues a la iniciación de mi jornada me encontraba carente del idioma y con el espíritu destrozado por la tragedia irreparable; pero el grato recuerdo de la caballería de mis colegas y de aquel grupo de jóvenes alumnos que me despidieron deseándome buena suerte, fué siempre para mí el mejor estímulo, y como buscando alivio a mi tormento, traté de refugiarme en el estudio, en defensa del dolor más implacable. No me atrevo a juzgar los resultados de este trabajo; si no lo he hecho mejor es porque no he podido hacerlo, pero en todo caso, me place haberlo probado de manera decidida. Es para informar de esta labor, que hoy ocupo la atención de este auditorio, culto e indulgente, al que quiero ofrecer mis más rendidos agradecimientos.

Como podéis vosotros comprender, ardua, difícil es esta labor, pero patriótica, caballerosa y bien intencionada es mi actuación, y basado en estas circunstancias voy a entrar en materia., siguiendo el plan que a continuación propongo.

ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

En primer lugar, quiero hacer una sintética exposición de lo que, habiendo visto en los Estados Unidos puede ser adaptable a nuestras condiciones ambientales; en segundo lugar, quiero sugerir la adopción de algunos de estos sistemas en beneficio de nuestra Universidad y su juventud, de nuestros hospitales y sus enfermos, de nuestra nación y su prestigio ante el concierto de los países cultos.

En ningún momento pretendo hacer crítica sobre la actuación de algunos de los señores profesores en particular; mi actitud está por encima de la crítica personalista, mi propósito es más elevado.

En el fondo, quiero sugerir la adopción de algunos nuevos sistemas que mejoren la enseñanza de parte de nuestros profesores, y que permitan al mismo tiempo, un mejor aprovechamiento para nuestros estudiantes. No pretendo por otra parte, describir las impresiones de mi viaje, ni la maravilla de las ciudades visitadas; tampoco la magnificencia de las Universidades y Hospitales americanos; menos aún la

posición personal de este viajero que no tiene nada importante o atractivo que contarles.

Quiero si concretarme a hacer un relato de la marcha de las Universidades y Hospitales visitados, no en toda su amplitud tampoco puesto que ello podría ser asunto de todo un libro, sino solamente de aquello que entiendo puede ser aprovechable para nosotros, atentas nuestras condiciones de raza, educación, costumbres, y sobre todo, posibilidades económicas. Pero antes de entrar en materia, es menester que exponga pocos conceptos personales que debo presentarles a manera de antecedentes, y que aclaran la personal situación de quién habla en este momento trascendente y de tanta responsabilidad. En primer lugar debo exponer, de la manera más sincera, mi convencimiento firme del enorme provecho personal que reporta un viaje de esta naturaleza; pues no solamente constituye uno de los capítulos más interesantes y emotivos de la vida, sino que además amplía el horizonte espiritual, al mismo tiempo que lo humaniza; se adquiere la tendencia a encauzar el esfuerzo personal y colectivo hacia las más nobles causas y los mejores rendimientos; se aprende a respetar y servir mejor a los semejantes; y más importante aún, reconociendo lo poco que se sabe y lo mucho que falta aún por aprender y realizar en beneficio común, se despoja valientemente de vanas pretensiones, y se adquiere una valiosa y noble humildad que le impulsa hacia mejores actuaciones, con la esperanza de rendimientos óptimos.

En segundo lugar, quiero en este momento, animado de un espíritu de justicia, dejar constancia del alto concepto de valer que corresponde a nuestros profesores, médicos y estudiantes, quienes con un espíritu de abnegación, de firme voluntad, de lucha y de triunfo, afrontar situaciones complejas y difíciles en su labor profesional; nada menos que carentes de los medios auxiliares que la ciencia moderna impone como indispensables, realizan su abnegada tarea, poniendo su corazón y su cerebro al servicio de sus enfermos, y muchas veces, derramando lágrimas de dolor y de impotencia ante el inexorable destino de los hombres: la muerte. Pues estoy seguro que estos mismos individuos, colocados en las favorables condiciones que brindan los centros científicos bien equipados, podrían convertirse en verdaderas celebridades; e inversamente, las celebridades que

yo he visto, poco o nada bueno podrían hacer en medios carentes por completo de recursos como el nuestro.

Lo que pienso de los médicos en general, podría también afirmar de los profesores universitarios en particular; pues algunos de los señores profesores que me escuchan me han sido gratamente recordados cada vez que un juicio sereno y desapasionado me ha permitido colocarlos a la altura de los más destacados profesores americanos. De todo esto se concluye pues, que no carecemos del elemento fundamental y básico para nuestro futuro progreso y engrandecimiento.

Si bien es cierto que reconozco la gran superioridad de la ciencia americana, también es verdad que ella no depende tan sólo del elemento hombre, el cual lo tenemos también nosotros y de quilates muy subidos; la tremenda superioridad de los americanos se funda en dos aspectos esenciales: en primer lugar, en la disciplina, orden y sistema muy propios de su raza, y en segundo lugar, en las facilidades que les rodea para su trabajo, gracias a su gran poderío económico. Además, hay otros medios adicionales: colaboración decidida en todos los aspectos: los enfermos, sus maravillosos hospitales con sus completas instalaciones, médicos y enfermeras; sus poderosas Universidades con sus consagrados profesores y una cantidad de instituciones y de filántropos que apoyan la noble cruzada de estas casas dedicadas a la lucha contra la muerte y el dolor.

Nosotros, en cambio, de mucho carecemos: no tenemos ni la colaboración de los enfermos ni los bien equipados hospitales; carecemos de casi todos los medios que la ciencia moderna impone como indispensables para el diagnóstico y tratamiento de los pacientes; tenemos sí instituciones ricas, tenemos millonarios, pero carecemos de filántropos; y es así, en un ambiente como éste, estacionario y miserable, que viven laborando nuestros médicos y dispersando la simiente los maestros; sólo la fertilidad y exuberancia de esta raza semejante a la exuberancia y fertilidad propia de su suelo, han permitido que tengamos frutos en circunstancias tan adversas; gracias también al pequeño grupo de abnegados profesores que han consagrado sus energías, su juventud y sus esfuerzos hacia la formación y engrandecimiento de las generaciones nuevas; tratando de superarse cada vez más para merecer el nombre de maestros, y manteniendo

do siempre vivo el deseo de aprender, para luego disfrutar el halago y la dicha de enseñar. Lloro a estos maestros que enseñan sin reservas ni egoísmos, que estudian y aprenden para enseñar y que enseñando sienten el deleite de vivir. Ellos saben que viven y se renuevan en las generaciones del mañana y por eso no vacilan en ofrecerlas no sólo su saber y su experiencia sino que también su corazón lleno de las más nobles ambiciones.

Finalmente, para terminar esta ligera digresión, quiero también aludir a esta juventud de sano corazón, alegre y noble por naturaleza y tradición, a la cual la vida se encarga de perfeccionarla o corromperla, con la orientación de sus maestros, o el ejemplo de los mismos. He aquí, de cuerpo presente, la gran responsabilidad de los hombres que tienen a su cuidado la misión del magisterio; y he aquí también la razón de que para ser maestro no basta poseer la ciencia, y el arte de enseñar únicamente, sino que es menester también amar a la juventud para interesarse por ella y conducirla con paso firme hacia las aspiraciones más nobles.

Ya lo dijo un filósofo: "El hombre nace bueno, pero la sociedad le corrompe". Buscando la etiología de esta morbosidad social, bien pronto se encuentra que es el dinero el factor que más interviene en esta desviación de la moral. También la filosofía popular afirma que el dinero daña a las personas. Pero, partiendo de un punto de vista ecléctico, podríamos afirmar que, si bien el dinero es un elemento necesario para la vida, éste, en cambio, sólo debe ser adquirido por procedimientos lícitos. Entonces, de hecho rechazamos a quienes afirman: Lo interesante es hacer dinero y nada importan los procedimientos utilizados para adquirirlo.

OBJETO DE LA MEDICINA

La finalidad esencial de la medicina es curar las enfermedades y restablecer la salud. Desgraciadamente, no siempre se puede alcanzar este fin ideal y por esta razón,

desde hacen muchos años ya lo dijo un gran clínico: el médico puede curar algunas veces, puede aliviar muchas y debe consolar siempre. El alcance de la medicina moderna es más avanzado todavía y tiende en la actualidad a prevenir las enfermedades, que es mucho mejor que curarlas; ésta es, en esencia, la labor del porvenir.

Dentro del convivir social, creo que jamás desaparecerán de la humanidad las enfermedades; es el tributo que ha pagado el hombre desde los más remotos tiempos, y que continuará pagándolo inexorablemente hasta la posteridad.

Se ha dicho que el tributo a las enfermedades está en relación inversa con la civilización, es decir que los pueblos más civilizados enferman menos, y que los menos civilizados enfermaban más; hasta cierto punto, es verdad esta afirmación, porque la observancia rigurosa de la higiene no es otra cosa que la realización de los preceptos de la medicina preventiva. Pero también debemos tener presente que la civilización trae para los pueblos su patología especial, a la que podremos llamar enfermedades de los pueblos civilizados: la guerra con todo el cortejo de neurosis que la preceden y las que son su consecuencia; la blenorragia, la sífilis, son más propias de las ciudades que de los campos; en el fondo lo que se observa es que desaparecen algunas enfermedades para ceder el paso a otras y tal vez de peores consecuencias. Si no es muy exacto que la morbilidad de los pueblos guarda estrecha relación con su grado de progreso, en cambio, es evidente hasta la saciedad y de ello estamos firmemente convencidos, que el grado de mortalidad es para los pueblos un índice inequívoco de cultura. Los países que tienen un alto grado de civilización y de desarrollo cultural, son los que menos grado de mortalidad presentan; en cambio los países atrasados, los países pobres, situados al margen de la evolución y del progreso, tienen cifras de mortalidad que espantan y atraen la compasión de los países poderosos. Esta es, desgraciadamente, nuestra dura realidad, puesto que somos uno de los pueblos que ofrecemos una de las cifras más altas de mortalidad en todo el mundo. Somos apenas tres millones de habitantes y sin embargo tenemos uno de los niveles de mortalidad más altos; no hay duda de que somos tristemente célebres.

De esto se deduce que todos los ecuatorianos, ricos y pobres, de izquierdas y derechas, nobles y plebeyos, estamos

obligados a proceder en unidad de acto, en defensa de este capital humano tan reducido y tan valioso. Olvidemos por esta vez que nos gusta la oposición sistemática a toda sana innovación, porque no somos cada uno de nosotros los autores de la idea, despojémonos de ese egoísmo que no conduce a ninguna parte y que tiende a agostar las iniciativas en flor. Unámonos patrióticamente para laborar con tesón, con energía en la conquista de un bien común que beneficiará por igual no sólo a todos los ecuatorianos, sino que también a todos los ciudadanos del mundo.

Llamo la atención de los Poderes Públicos, de todas las instituciones millonarias, de todos los ricos del país, cuyas fortunas fueron muchas veces incrementadas con el sudor y las angustias de los pobres, recordándoles que hay estas casas del dolor que se llaman asilos, hospitales, maternidades, etc., a donde acuden los desheredados de la fortuna en busca de algo tan valioso e imponderable como la salud, y que muchas veces no se la puede conseguir con todo el oro del mundo. La salud es para ellos su único patrimonio puesto que con ella trabajan y pueden ser el apoyo de toda una familia.

Nosotros los médicos, que estamos ligados por nuestro destino a esta clase de actividades, debemos aportar nuestro contingente en forma decidida. ¿Lo estamos haciendo bien dentro de las condiciones del medio en el que actuamos? En hora buena. Pero yo os invito a interrogarnos: ¿Podemos hacerlo mejor? La respuesta es obvia. Claro que podemos y debemos hacerlo mejor, muchísimo mejor.

Si de esto estamos convencidos, entonces procedamos a la acción con fé, con sinceridad, con esperanza. Para ello, permitidme sugerir estas ideas, que siendo expuestas por el menos autorizado de vosotros, no tienen otro mérito que el de su gran sinceridad y el de su profundo sentido patriótico.

Lo que váis a oír no es nada nuevo para vosotros, individualmente todos lo sabéis a saciedad, pero es menester que alguien lo ponga a consideración vuestra, que alguien le encauce hacia una realización definitiva.

UNIVERSIDADES Y HOSPITALES

Muchísimo se podría hablar de las Universidades y Hospitales Americanos, pero en mi afán de no salirme de los límites de este trabajo, sólo quiero sugerir lo que puede tener utilidad para nosotros.

1.—Creación de la Escuela de Medicina de acuerdo con un viejo anhelo que ha existido latente en el espíritu de todos cuantos han actuado en la docencia de nuestra facultad. Ultimamente, nadie ha sido tan decidido propulsor de esta idea como nuestro distinguido actual decano.

2.—La dirección técnica de los hospitales debe estar subordinada a la Escuela de Medicina. Ya es hora de que esa dirección técnica sea realizada con criterio médico que es el único que puede estar al tanto de sus necesidades, para satisfacerlas convenientemente en interés de los enfermos.

Estas dos sugerencias son fundamentales y constituyen la base de todas las demás.

Haciendo un estudio limitado a nuestra realidad, afirmo que todos los gabinetes, laboratorios y anfiteatros deben funcionar en dicha Escuela, menos el Instituto de Anatomía que tiene su local propio. Así la Escuela de Medicina se desprendería materialmente de la Universidad y sólo continuaría dependiendo espiritualmente de ella.

Ahora creo conveniente dividir la organización técnica de la Escuela y de los Hospitales.

ESCUELA DE MEDICINA

1.—Los estudios de Medicina deben hacerse en 6 años, ya que este lapso de tiempo es más que suficiente para una buena preparación de nuestros jóvenes, basada en el nuevo sistema de trabajo que propongo.

2.—Supresión del Curso Preparatorio, por considerarlo extraño a las actividades de la Escuela, e insinuación a los Colegios de toda la República para que pongan mejor atención en la enseñanza; de esta manera la Escuela de Medicina no tiene necesidad de este año de repetición de estu-

dios realizados ya, y que ocasionan una lamentable pérdida de tiempo y de dinero.

3.—Durante los años llamados preclínicos, y que comprenden el estudio de Anatomía, Histología, Parasitología, Bacteriología, Fisiología, Química Biológica, etc., los estudiantes no deben acudir a los Hospitales; antes bien, todo el tiempo que sus horas de clase les deje disponible, deben dedicarlo a trabajos prácticos en el anfiteatro, gabinetes y laboratorios respectivos, y realizar un conjunto indispensable de trabajos, sin los cuales no estarán capacitados para poder presentarse a rendir sus pruebas finales. Esta indicación es fundamentalísima, porque satisfecha ella, y cuando los alumnos acudan a los Hospitales en el período clínico, que comprende desde el año de Patología, ellos sabrán ya hacer exámenes de orinas, de sangre, cortes histológicos, investigaciones bacteriológicas, etc., conocimientos que serán utilizados por ellos prácticamente desde los primeros días de su ingreso al Hospital.

4.—Supresión de los cargos de Internos y Externos para los estudiantes, puesto que además de constituir un privilegio para unos pocos, con detrimento de la mayoría, son cargos inconsultos y antipedagógicos. Con este sistema, los estudiantes favorecidos, lo único que aprenden es hacer las cosas defectuosamente, y los no favorecidos, nada; en consecuencia, la utilidad es ninguna.

5.—Desde el año de Patología, todos los estudiantes, sin excepción, acudirán obligatoriamente a los Hospitales, donde cada uno de ellos, recibirá un determinado número de camas, para el cuidado y el estudio de los enfermos que las ocupen.

Allí el estudiante se responsabilizará de la historia clínica de esos enfermos, de los exámenes elementales de sangre, orina, excreta, etc., de los mismos, a la vez que seguirá de cerca el tratamiento y evolución de cada uno de sus enfermos, hasta cuando egrese del servicio completamente curado, o hasta su fallecimiento. Sucedido éste, se encargará de participar el suceso al profesor y de practicar la autopsia del cadáver, bajo la dirección de uno de los profesores de Anatomía Patológica. Entonces el caso vuelve a ocupar la atención del profesor respectivo, es revisado, estudiado y discutido, dejando un saldo de enseñanzas provechosas pa-

ra el futuro, tanto para los profesores como también para los médicos y estudiantes.

6.—La distribución de los alumnos en los diferentes servicios se hará con carácter rotativo, a fin de que los estudiantes se familiaricen con toda clase de enfermos, y se pongan en contacto con todas las especialidades y todos sus profesores.

7.—Sólo la realización de un determinado número de trabajos prácticos de este género, pondrá a los estudiantes en condiciones de poder presentarse a exámenes finales.

8.—La calificación de los exámenes se basará de preferencia en la calidad y cantidad de los trabajos prácticos realizados durante todo el año escolar; su segundo lugar, en su asistencia, aplicación, conducta, etc.; y en tercero y último lugar, en el valor de la prueba final que debe rendir como una demostración de su aprovechamiento.

9.—Estos procedimientos serán rigurosamente aplicables para todas las materias tanto de los años preclínicos, como también de los años clínicos.

No hay razón alguna para que una sola de las asignaturas pretendiera evadir la práctica rigurosa de este sistema esencialmente didáctico y científico, toda vez que la cantidad de trabajo realizado por cada asignatura, de acuerdo con este procedimiento, será la medida del trabajo y consagración de profesores y estudiantes.

10.—Los estudiantes deben ser exclusivamente estudiantes, puesto que todo su tiempo necesitan pasarlo en el hospital junto a sus enfermos; por tanto, sólo serán compatibles ciertas ocupaciones esencialmente técnicas y que tiendan a constituir una futura especialización.

11.—A la terminación de sus estudios, los estudiantes tendrán el año de Internado obligatorio en los diferentes hospitales. Durante este lapso de tiempo, están inhabilitados para ejecutar trabajos privados, vivirán en los hospitales para los cuales fuesen designados, y trabajarán todo el tiempo en beneficio de ellos y sus enfermos.

Serán auxiliares de la docencia, a la vez que completarán sus conocimientos y adquirirán la necesaria experiencia personal que les capacitará entrar de lleno en el ejercicio profesional. Durante el año de internado podrán también dedicarse a la preparación de sus tesis doctorales a la

vez que las pruebas de grado finales que les capaciten el libre ejercicio de su profesión.

12.—Durante los 6 años de estudio debe haber una perfecta orientación de las diferentes materias, de tal manera que se aprecie una decidida colaboración de todas las cátedras entre sí con una sola finalidad: ofrecer al estudiante un máximo de asimilación y de provecho con un menor esfuerzo. Para cumplir esta finalidad, necesitamos una cuidadosa revisión de los programas de todas las materias de estudio, primero por el respectivo profesor y luego después por una autorizada comisión universitaria. Esto tiene por objeto eliminar de los antiguos programas todo aquello que considerado anticuado, antipedagógico e inútil, dispersa el esfuerzo del alumno en mengua de un mejor aprovechamiento. En los estudios de medicina, debe haber una continuación no interrumpida de conocimientos sobre los ya adquiridos anteriormente; entonces así el estudiante, lejos de tener confusiones o dificultades de clase alguna, sigue un curso progresivo con paso seguro como si lo hiciera por los peldaños de una escalera, firme y sin obstáculos.

Al llegar a su término, habrá satisfecho gran parte de su ansiedad espiritual, con la posesión de un caudal de conocimientos y habilidades que le capaciten entrar en la tercera y última etapa de su preparación profesional, cual es el año de Internado obligatorio.

Durante esta importantísima fase, con los conocimientos adquiridos por los seis años de estudio ordenado, metódico y sistemático, los jóvenes están en condiciones de ejercitar todas sus capacidades médicas o quirúrgicas en una alta escuela científica, como es una sala de hospital. En este ambiente se perfeccionan, adquieren la conciencia de responsabilidad, y una gran experiencia personal que, sumada a la de sus inmediatos superiores, constituirán, de hecho, una verdadera garantía social.

La adopción de todas estas sugerencias traería como consecuencia inmediata: 1º—Un enorme beneficio para los enfermos, aquella clase pobre que entre nosotros es la única que acude al hospital, porque no puede pagar médicos privados; 2º—Se beneficiarían los futuros médicos, quienes tienen en los diferentes servicios la oportunidad de poner en práctica sus conocimientos y mejorarlos; 3º—Se beneficiarían los estudiantes, quienes tienen con este siste-

ma grandes oportunidades para un aprendizaje sólido y científico; 4º—Finalmente, se beneficiarían también los profesores, porque tendrían el honor y el placer de actuar en una escuela de medicina que podría calificársela de científica.

Debo insistir una vez más en la importancia que tiene el aprendizaje de laboratorio por los estudiantes durante el período preclínico en sus gabinetes y laboratorios respectivos, porque ellos se familiarizan con estas prácticas, y cuando acuden a los hospitales, desde el año de Patología, están ya tan adiestrados, que fácilmente hacen todos los exámenes de sangre, orinas, excreta, etc., de los enfermos entregados a su cuidado, y añaden éstos y otros muchos datos a sus respectivas historias clínicas. De esta manera, los estudiantes constituyen los mejores auxiliares para el hospital y sus enfermos, para los médicos y también para los profesores, porque todos sus magníficos trabajos son puestos a disposición de todos ellos, con un sentido de colaboración y responsabilidad bien entendidos. Pero para que toda esta labor de los alumnos tenga éxito, es menester que previamente a este período clínico, ya estén en posesión de todas las técnicas de exámenes, del concepto de su valor y su interpretación. Entonces así, y sólo así, se puede hacer a conciencia y de una manera científica el estudio de las patologías, las clínicas y todas las demás especialidades.

En otras palabras, el ingeniero que trata de construir un edificio, sabe que debe principiarlo por su base y que su estabilidad será mayor, mientras más firme sea aquélla; pero si por falta de sentido común o de técnica va a construirlo por el medio o la cubierta, por hábil y extraordinario que parezca, eso ni puede ser sólido ni puede ser estable. En consecuencia, la razón y la lógica nos imponen que no debe persistirse en procedimientos demostrados y reconocidos como anticientíficos so pena de malgastar tiempo y dinero, y en nuestro caso particular, además, so pena de hacer perder a los estudiantes la oportunidad de aprender y a los enfermos la oportunidad de curarse.

Pronto hablaré de la importancia del año de internado obligatorio, cuando me ocupe de los médicos de hospital.

HOSPITALES

1°—El hospital debe ser la Escuela de Medicina.

2°—Su organización técnica debe estar subordinada exclusivamente a dicha Escuela, porque es la única entidad que está autorizada para organizarla. Esta es función de médicos y de médicos encargados de la docencia, que forman un personal técnico especializado; este personal considera el hospital como su hogar, a él dedica gran parte de su tiempo y todos sus afanes, por lo tanto, él es el llamado a organizarlo creando un ambiente de colaboración, de técnica, de estudio y de verdadera utilidad social.

3°—Creación de un pequeño laboratorio en cada departamento para trabajos de rutina que realizarán los estudiantes bajo la dirección de un jefe respectivo, y creación de un gran laboratorio para todo el hospital, el cual estará destinado a trabajos de alta técnica como reacciones serológicas, hemoculturas, etc., con un personal especializado. Nunca se puede insistir lo suficiente sobre la importancia de estos laboratorios en los hospitales, pues son tan indispensables, que no se puede concebir la idea de éstos sin aquéllos; como no se puede concebir la idea de las ciudades sin canalización, sin agua, sin luz, calles, etc., pues así como todos estos elementos están comprendidos dentro de la idea de ciudad, así también los laboratorios están formando algo así como la esencia misma de los hospitales.

Permítaseme insistir en que los diagnósticos hechos sin la intervención del laboratorio, no deben llamarse diagnósticos, llamémosles más propiamente acertijos. ¿Y qué diremos todavía más de los diagnósticos hechos sin examen del enfermo? Esto que parece inaudito, es desgraciadamente una realidad entre nosotros; ésta es una de nuestras graves faltas; es un defecto adquirido desde edades muy tempranas, transmitido por generaciones, y que por su tendencia a estabilizarse lo llamaría un vicio atávico. No pretendo afirmar que éste sea un defecto absoluto en nuestro cuerpo médico, ya que felizmente tenemos excepciones que nos salvan, pero hay que confesar que una buena parte de nosotros estamos comprendidos dentro de este mal. Si el reconocer los errores es un acto de hombría y de valor, el rectificarlos

es mucho más meritorio todavía. Hoy el gran desarrollo de la ciencia moderna impone la colaboración de los laboratorios en la nominación de los diagnósticos y sin la fijación de éstos, nada podemos hacer en bien de los pacientes.

La Escuela de Medicina es la llamada a rectificar estas desviaciones de la técnica, imponiendo a los estudiantes la rigurosa observación de estas normas científicas, y sobre todo, demostrándoles toda la verdad de estas afirmaciones en el terreno de la realidad y de la práctica.

Un estado patológico cualquiera, despierta en nosotros la idea del diagnóstico; pero ese mismo estado patológico llega a sugerirnos varios diagnósticos, y ahora viene mi pregunta: ¿Por cuál de estos diagnósticos tratamos el enfermo?

Hasta aquí viene la adivinación; pero si interviene el uso científico del laboratorio, entonces entraremos en posesión del diagnóstico eliminatorio y sólo entonces ha intervenido la verdadera técnica del diagnóstico.

4º—Incrementar el servicio radiológico, tanto en sus instalaciones como en su personal, puesto que por buena voluntad que tenga su actual director, y por eficaz que sea su actuación no se le puede pedir un trabajo superior al que realiza en la actualidad. Este servicio debe funcionar constantemente en el hospital y no solamente a determinadas horas del día, puesto que las necesidades de esta utilización no están sometidas a horario alguno.

5º—El personal médico de cada servicio debe ser: el profesor universitario que es el jefe del servicio; el médico residente y dos o tres médicos internos; además, existen los estudiantes que han sido designados en cada servicio, y el suficiente personal de enfermeras, etc.

6º—Fundación de un Banco de Sangre para la obtención, conservación y distribución del plasma, tanto para las necesidades del hospital, como también para el servicio fuera de él. La fundación de un Banco de Sangre es de impostergable necesidad. No es posible que no contemos con una instalación de esta naturaleza en todo el Ecuador, cuando es un servicio de imponderable utilidad en todos los hospitales, celosos guardianes de la salud y la vida de sus enfermos. Por otra parte, no es una instalación que demande mucho costo; tenemos además, excelentes técnicos en el manejo de la sangre; tenemos miles de personas jóvenes, sanas y caritativas, que gustosas darían su aporte de sangre

que sería la reserva vital de este nuevo Banco. Si tenemos tantas instituciones que cuidan el capital de los asociados, ¿por qué es que no tenemos un solo Banco que cuide el capital máspreciado que es la vida de los ciudadanos? El plasma de este Banco podría distribuirse dentro y fuera del hospital, y estaría al alcance de todas las fortunas: el rico lo obtendría con su dinero; el pobre lo obtendría también pagando su valor con una donación de su sangre la cual iría a reemplazar aquella que dispuso para salvar la vida de uno de los suyos. ¿Cabe cosa más útil, más fácil de llevarse a cabo y de conservarse? Los beneficios de esta instalación son incalculables, si pensamos por un momento que la vida de alguno de los nuestros depende de la oportuna utilización de 500 gr. de plasma. Esta vez también me permito llamar la atención de todas las corporaciones, sociedades o particulares que tuviesen interés en un beneficio social de tanta magnitud, para que con su entusiasmo y colaboración obtengan que cuanto antes este anhelo sea una bella realidad.

7°—**Servicio de oxígeno.** Tal como sabemos administrar oxígeno a nuestros enfermos, no sirve sino para engañarnos a nosotros mismos en el sentido de que cumplimos con esta fundamental indicación, ya se trate de pacientes privados o de enfermos de hospital. El hospital debe tener en cada sala un par de máscaras o tiendas de oxígeno para la administración a los enfermos, de este maravilloso elemento de vida, que salva de la muerte a un elevado porcentaje de los mismos, y que evita, por otra parte, un sinnúmero de complicaciones. El provecho de estos equipos es verdaderamente maravilloso y paga con mucho rendimiento su pequeño costo.

8°—**Sala para Metabolismo.** Hay un gran número de enfermedades que no se puede diagnosticarlas ni tratarlas sin la ayuda de este maravilloso procedimiento clínico.

9°—Un buen gabinete de Fisioterapia para el tratamiento de centenares de pacientes es también indispensable.

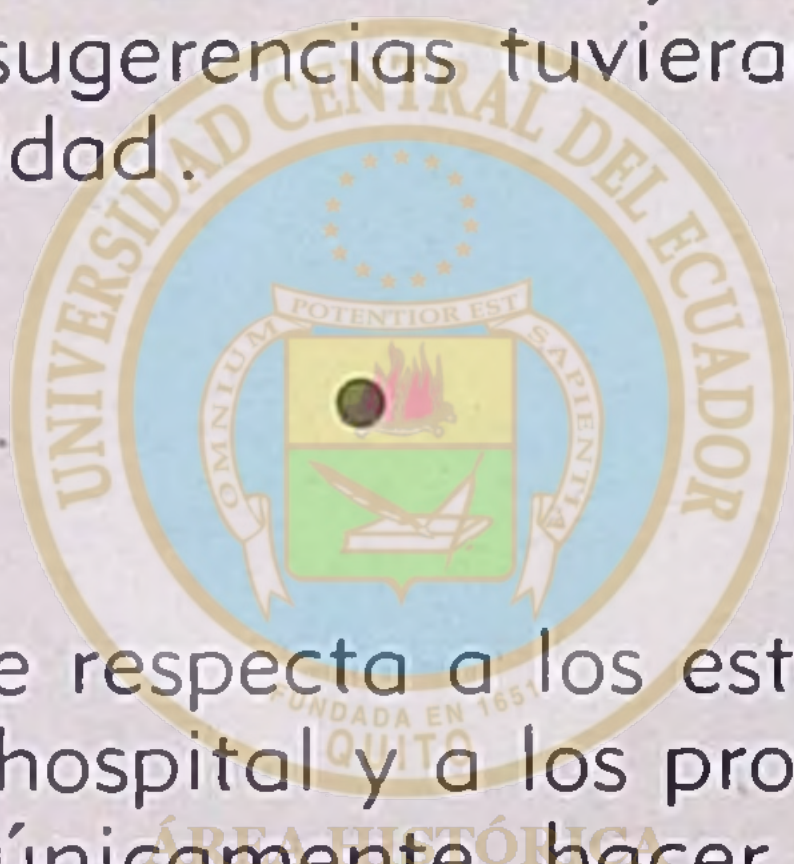
10.—El empleo del Electrocardiógrafo, es también indispensable tanto para el diagnóstico como también para el pronóstico y tratamiento de todas las enfermedades del corazón y de todas aquellas que repercuten en él.

11.—Debo también mencionar la provisión de suficientes salas de operaciones para las diferentes especialidades quirúrgicas, con equipos instrumentales completos y un personal de colaboradores suficiente y capacitado.

Todas las necesidades señaladas en estas sugerencias son absolutamente imperativas y de todos y cada uno de vosotros depende que sean llevadas a la práctica para un positivo bien, el más grande de todos los bienes sociales.

Hasta aquí, me he afanado en formular las sugerencias que he creído indispensables tanto para la organización de la Escuela de Medicina, como también de los hospitales, teniendo en cuenta todo aquel conjunto de factores señalados ya, al comienzo de esta exposición.

Podría sentirme feliz, y hasta creería en una justa compensación a todas mis tribulaciones y sacrificios pasados, si todas mis modestas sugerencias tuvieran los caracteres de la más hermosa realidad.



Ahora por lo que respecta a los estudiantes de medicina, a los médicos de hospital y a los profesores de la Escuela, séame permitido únicamente, hacer una relación sencilla, veraz y justiciera de lo que son los estudiantes, médicos y profesores americanos.

Si en el curso de esta exposición me tomo la libertad de aludir en forma general a alguno de estos grupos, cuidaré de hacerlo muy caballerosamente, y si a pesar de mi deseo, incurro en algún desliz involuntario, séame también permitido ofrecer mis satisfacciones más cumplidas.

ESTUDIANTES

Una de sus sobresalientes cualidades es la de ser intensamente trabajadores, y lo hacen a gran satisfacción y con el afán decidido de aprender y adquirir la mejor preparación. Sin esfuerzos violentos, van familiarizándose con los conocimientos médicos en escala progresiva, y nunca se apartan de su método o sistema de trabajo ya establecido,

al cual estiman como uno de los requisitos importantes para el éxito.

Todas las actividades de los estudiantes son tan bien organizadas, que puedo asegurar a ustedes que primero interviene el arte de hacer las cosas sistemáticamente, con orden y método, para que bien pronto asome la ciencia, pero como una resultante de la experiencia y los conocimientos aportados por aquel arte riguroso. La ciencia así obtenida es más sólida y estable que la que puede adquirirse por un procedimiento inverso. Entre nosotros, por ejemplo, nuestros jóvenes reciben mucha ciencia, tal vez demasiada, pero muy poco arte, tal vez casi ninguno, por eso es que nuestros estudiantes olvidan bien pronto la brillante conferencia de sus profesores, y cuando quieren poner en práctica aquello que oyeron hacen pocos días, es demasiado tarde porque ya lo olvidaron.

Todo lo contrario sucede cuando a la demostración objetiva se acompaña la exposición razonada; entonces la primera ayuda a recordar la segunda, y con un esfuerzo menor, el estudiante adquiere mayores conocimientos, que los aplica ventajosamente en la primera oportunidad. El estudiante americano tiene un gran deseo de aprender y hasta paga sus estudios; esta contribución económica de su parte, hace que no malgaste su tiempo; jamás faltan a clase voluntariamente; ni tampoco llegan después que ellas hayan comenzado. Es verdaderamente notable el respeto entre los compañeros como también para los enfermos, médicos y profesores. Trabajo, cultura y caballerosa hospitalidad, son los distintivos de esa juventud patriota y vigorosa que cumple con sus deberes a satisfacción, en su afán de adquirir mayores conocimientos y experiencia cada día.

Durante el período preclínico, los estudiantes pasan todo el día en sus gabinetes y laboratorios respectivos, realizando trabajos prácticos que les servirán muchísimo en el período siguiente. Durante el período clínico, los estudiantes tienen un determinado número de enfermos, hacen sus historias clínicas y todos los exámenes de laboratorio elementales, los cuales son de rutina para todos los pacientes; siguen la evolución y el tratamiento de los mismos, hasta su curación o su fallecimiento. Sucedido éste, van a la mesa de autopsias a inquirir sobre la verdadera causa de la muerte. Estos son los casos que mayores enseñanzas prodigan a

profesores, médicos y estudiantes, y es por eso que vuelven a ser estudiados en esta forma: El profesor revisa la historia clínica del caso fallecido, añadiendo el tratamiento y la evolución hasta su muerte; entonces hace un estudio por eliminación de la causa o las causas que pudieron haberla motivado, hasta que, a base de científicos y profundos razonamientos, sienta sus propias conclusiones. Entonces interviene el profesor de Anatomía Patológica, quien les da a conocer con el estudio de los órganos y de los cortes histológicos proyectados, la causa verdadera de la muerte. Entre nosotros, un fallecimiento lo tomamos como un fracaso del cual nos sentimos responsables, y por tanto, tratamos de ocultarlo, de olvidarlo; lo echamos tierra, como se dice vulgarmente, a fin de evitarnos su preocupación; los americanos, en cambio tratan de descubrirlo, lo estudian y lo investigan con un saldo de grandes enseñanzas: Si encontraron algún error, lo divulgan, lo reconocen, lo advierten públicamente, para que ello no vuelva a suceder.

En otras palabras, se esmeran en ratificar sus conocimientos, incrementándolos cada vez más, o en rectificar sus errores corrigiéndolos y cariñosamente advirtiéndolos de ellos a sus estudiantes. En resumen, los estudiantes americanos trabajan todo el día: hacen las historias clínicas y los exámenes de laboratorio, asisten a las visitas de los médicos internos, a las clases de sus profesores, participan en éstas y en las conferencias, practican las autopsias, acuden a todos los actos científicos de la Escuela; es decir, trabajan mucho, pero aprenden también en la misma proporción. Yo estoy convencido de que toda esta laboriosidad de los estudiantes americanos es una consecuencia lógica de la laboriosidad de sus profesores. Entre nosotros, tenemos que reconocer, aun cuando sea doloroso el confesarlo, que se puede diferenciar los profesores que verdaderamente hacen labor de cátedra, de aquellos que simplemente desempeñan el empleo de profesores. Esto es tanto más importante, si recordamos que en todo tiempo y en todo lugar, los estudiantes tienen que ser el fiel reflejo de sus profesores. Antes, como hoy y como siempre, el profesor hará sus estudiantes. De nosotros depende que ellos sean mejores, ya que siempre están dispuestos a recibir y asimilar todo cuanto seamos capaces de darles.

MEDICOS DE LOS HOSPITALES

Son de dos categorías: el médico residente, rentado por la Asistencia Pública y dos o tres médicos internos, con o sin sueldo que corresponden a los estudiantes egresados.

Los médicos de hospital son directamente responsables de los enfermos hospitalizados, porque son los médicos tratantes; además, son magníficos auxiliares de la docencia, puesto que cooperan en la enseñanza, asisten a las clases de los profesores, la visita diaria la pasan en presencia de los estudiantes y toman parte en todas las actividades científicas de la Escuela. Guardan grandes consideraciones para los enfermos, los estudiantes, los demás médicos y profesores. Es altamente satisfactorio observar la colaboración de todos y cada uno de estos elementos en un solo sentido: aprender cada vez más, para beneficio personal y del enfermo. Las discusiones son llevadas a cabo con armonía y ciencia; nadie trata de ofender ni destruir la reputación de los demás y siempre ofrece muchas luces este esfuerzo colectivo. La colaboración de los médicos para todos los servicios es muy grande, nunca prevalece en ellos un afán personalista, sólo les impulsa un interés común: el beneficiar a sus enfermos. En sus discusiones llevadas a cabo con entusiasmo y avanzados conocimientos, se pone de relieve un gran afán por aprender y enseñar, en medio de una caballerosidad de procedimientos digna de aprenderse e imitarse. Durante los doce meses de mi permanencia en los hospitales de Estados Unidos, jamás he oído ataques desdorosos por la espalda ni entre los estudiantes ni entre los médicos o profesores. ¿No es esto un alto grado de caballerosidad y de cultura? Los médicos de hospital presentan semanalmente conferencias sobre los casos más interesantes en algún sentido. Estas son estudios de acabado valor científico, saturados de grandes enseñanzas; allí se discute y aprende con marcado provecho para los asistentes; allí se reciben instrucciones útiles para los pacientes que con tanta confianza acuden a los servicios hospitalarios. Así se explica que los ciudadanos americanos quieran a sus hospitales, respeten a sus médicos y acudan en demanda de unos y otros cuando las necesidades lo requieren. Por otra parte, la alta disci-

plina científica puesta de manifiesto en estas instituciones, atrae la atención de los Gobiernos y de la gente adinerada, y es así cómo muchos millonarios conceden a estas instituciones grandes donativos con los cuales tienden cada vez a incrementar sus beneficios.

El servicio de estadística a cargo de los médicos del hospital es por demás interesante. Periódicamente, el médico de la sala da a conocer el número de enfermos ingresados a su servicio y luego los clasifica por enfermedades: tantos de neumonía, tantos de amebiasis, de reumatismo, etc., han salido curados tantos, de tales enfermedades; las defunciones alcanzaron a tal cifra, de las cuales fueron autopsiadas esta cantidad; finalmente, estas autopsias han demostrado tantos aciertos en el diagnóstico y tantos errores que consistieron en lo siguiente. Esta clase de disciplinas son llevadas a cabo en todos los servicios del hospital; en cirugía, cada ocho días, y en las clínicas, cada tres meses, en presencia de profesores, médicos y estudiantes; ellas permiten anotar más intensamente los aciertos y los errores, los primeros para perseverarlos y los segundos para corregirlos.

En resumen, estas prácticas son de un gran beneficio para la institución en general, para el médico en particular y para el enfermo en especial; además es uno de los positivos avances de la docencia en bien de la enseñanza, puesto que lo que se conoce a base de estadística es sólido y estable y todo lo que tiene base sólida y estable es perdurable y efectivo; en cambio, lo que carece de base y de técnica es deleznable y efímero.

Vuelvo a insistir sobre la responsabilidad de la docencia para con esta juventud que demanda un futuro de seguridad y garantía. La adopción rigurosa de sistemas reconocidos por la experiencia como los mejores, es lo único que puede permitirnos avanzar con paso firme por los senderos del éxito con estas generaciones que sabrán reconocer el esfuerzo que váis a desplegar por y para ella.

LOS PROFESORES

Son personas posesionadas de su alto cargo y grande responsabilidad.

La mayor parte de ellos se dedica casi exclusivamente

a su cátedra y a lo sumo tienen sus trabajos de práctica profesional privada.

La renta que perciben como catedráticos es de tal magnitud que muchos de ellos sólo se consagran a su labor de cátedra y pueden vivir con sus familias en relación a su categoría. Entre nosotros, el profesor necesita forzosamente dedicarse al ejercicio de su profesión, porque de otro modo, con el pequeño sueldo que percibe, estaría condenado a la miseria y a las más crueles privaciones; pues, a decir verdad, el sueldo que percibe nuestro profesor universitario no es suficiente ni para la adquisición de los libros de consulta, menos aún para su representación y gastos familiares. Si bien es cierto que el profesorado es una vocación, es un honor, y es un placer, para quien lo desempeña a conciencia, por otra parte, es por un imperativo de justicia, y hasta por decoro nacional, que la renta de un profesor universitario debe corresponder a su categoría. Creo que ha llegado el momento en que los profesores universitarios se impongan el trabajo que en realidad les corresponde, pero creo que también es hora de que se le ofrezca la retribución que se merece.

Los profesores cuentan con el auxilio de sus colaboradores, que son los médicos de hospital, y cuentan con el terreno tan cuidadosamente preparado de sus estudiantes.

Las clases son esencialmente prácticas, objetivas, con enfermos, con proyecciones cinematográficas, fotográficas o esquemas que, al mismo tiempo que facilitan la comprensión de los alumnos, tienden a mantener constantemente activa su atención; de esta manera, el esfuerzo del profesor es aprovechado al máximo.

La clase teórica, la conferencia de repetición, no tienen valor; ni el estudiante la ha atendido toda ni la recordará después de poco tiempo.

En cambio, la objetiva es aprovechable, tanto más cuando se la realiza en forma activa, es decir, haciendo participar en la clase al estudiante, mediante interrogaciones o demostraciones que atraigan su atención. Es un hecho que la atención de los jóvenes siempre tiende a apartarse fácilmente del asunto de clase, aun cuando estén siguiendo al profesor con la mirada; la prueba es que cuando a alguno de ellos se lo interroga repentinamente, se sorprende por lo inesperado del ataque y no sabe ni qué es lo que se le ha pre-

guntado, menos responder a la pregunta en cuestión; esto se constata en la práctica muy fácilmente. Por lo tanto, el profesor debe abandonar el método teorizante, improductivo, antipedagógico, estéril y anticuado, porque significa pérdida de tiempo para el maestro y los alumnos, además de la grave responsabilidad que recae sobre aquel que tiende a mantenerse estacionario, en vez de seguir la corriente evolutiva y remozante del progreso. Hay que convenir que la medicina es una ciencia esencialmente objetiva y hay que aprenderla y enseñarla de acuerdo a esta realidad. El profesor debe ocupar activamente la atención de sus discípulos, para que no sean ellos quienes ocupen la atención del profesor.

La clase la inicia siempre el estudiante, con la presentación del caso práctico, motivo de la misma; esta presentación es completa e impecable; entonces el profesor controla el caso en presencia de todos sus alumnos, luego lo explica, lo analiza, y haciendo un derroche de conocimientos en el estudio del diagnóstico diferencial, enseña a sus discípulos en la forma más científica, amena y eficiente. Junto con los conocimientos adquiridos por el estudio constante, el profesor aporta a sus clases, para enorme beneficio de sus estudiantes, el valioso contingente de su experiencia personal. Este es el aspecto más interesante, más fundamental, que imprime el carácter de verdadero profesor; éste debe ser siempre un ser privilegiado y desprendido, que lo da todo, sin reservas ni egoísmos, con interés de maestro y con amor de padre, señalando para la juventud el camino más fácil, y apartando de ella todas las asperezas y peligros.

Cuando algo de interés va a explicar el profesor, antes interroga a un estudiante, luego a otro, aquilatando sus conocimientos por una parte, y atrayendo su atención por otra, hasta que llega al momento de la explicación del gran problema; de esta manera, el profesor trabaja a la vez que da trabajo a los estudiantes, con enorme provecho para ambos.

Además, los profesores no sólo son modelo de trabajo, sino también de puntualidad y disciplina; jamás llegan atrasados ni dejan de dictar sus clases, y cuando esto ha sucedido por fuerza mayor, entonces es el auxiliar quien hace sus veces; los estudiantes no conciben la ausencia inmotivada de sus profesores, puesto que pagan sus estudios y no quieren perderlos.

Cada profesor anuncia en sus programas la fecha y el asunto de sus clases; así los alumnos tienen el tiempo suficiente para estudiar y consultar aquellos temas sobre los cuales versará la clase; verificada ésta, el profesor aplica sus conocimientos y experiencias a la realidad del enfermo. Esta previa anticipación de los asuntos de clase, permite que los estudiantes vayan preparados para recibirla, y su aprovechamiento promete ser un ciento por ciento mayor que si el profesor fuese a sorprender a los jóvenes con las primeras ideas acerca de cada enfermedad o capítulo a estudiarse. El estudiante no debe ir a recibir las primeras ideas de un asunto determinado, sino más bien a perfeccionarlas, a gravarlas de una manera definitiva, aclarando sus dudas, interrogando al profesor sobre ciertas dificultades. He aquí la razón del por qué los estudiantes toman parte activa en las discusiones y en las clases.

El profesor americano, es un cumplido caballero, de palabra y de acción y constituye un vivo ejemplo para sus alumnos; se complace en citar los trabajos de importancia de sus colegas y trata de difundir sus merecimientos con marcada simpatía. En otras palabras, le complace y estimula el progreso de sus compañeros. Este es un hermoso ejemplo, real y efectivo, para los jóvenes estudiantes, quienes comienzan por ser caballerosos aprendiendo e imitando la caballerosidad de sus maestros.

El profesor que da su conferencia en un enfermo, está obligado a dejar en su historia clínica constancia escrita de sus impresiones, las cuales son aprovechadas por los otros médicos o por los estudiantes que tengan interés en el estudio de los enfermos en mención. De esta manera, el traumatismo y las molestias que sufre el enfermo con el examen del profesor que enseña y de los estudiantes que aprenden, tienen la compensación del mejor y más rápido esclarecimiento del caso, lo que significa inmediato beneficio para el enfermo.

Todas las clínicas y todas las especialidades se dictan en forma parecida, tanto en adultos como en niños. Por lo que respecta a Cirugía, el procedimiento de estudio es también semejante, pero además de la presentación del caso por el estudiante, del examen y diagnóstico diferencial hecho por el profesor, éste enseña esquemáticamente el procedimiento operatorio que debe seguirse en cada caso parti-

cular, de tal manera que cuando la intervención se lleva a cabo, los estudiantes están al tanto de los pormenores de la misma. Varios días más tarde, cuando el enfermo se ha recuperado, el caso es presentado nuevamente a estudio en asocio con las piezas extraídas, las cuales son observadas macroscópica y microscópicamente, y donde se demuestra, además de la bondad de la intervención quirúrgica, el acierto en el diagnóstico sentado, después del estudio del enfermo, y previamente a la operación. En ésta interviene el profesor y sus ayudantes son, por turno riguroso, los alumnos del curso respectivo. Cuando el enfermo ha fallecido, se trata de averiguar, por todos los medios, la causa que ha motivado este desenlace, y todo este conjunto de nuevos conocimientos y experiencias incrementan la personalidad de estos profesores consagrados por entero a la enseñanza de su ciencia y de su arte.

Además de los horarios de clase respectivos, la Cirugía, las Clínicas de adultos y de niños, así como las más importantes especialidades presentan cinco conferencias semanales para los médicos de dentro y fuera del hospital y para los estudiantes. Hay conferencias de Clínica Médica, los lunes, de Cirugía los martes, de Pediatría los miércoles, de los médicos del hospital los jueves, de Clínica Patológica los viernes. Entre nosotros, de desear sería que tuviésemos siquiera una conferencia por semana para iniciarnos, y luego después, poder aumentar su número a medida que apreciemos su utilidad y las vayamos tomando gusto y simpatía.

ESCALAFON PROFESIONAL

Esta situación en que se colocan los profesionales, de acuerdo con su preparación y esfuerzo personal, es uno de los más saludables y eficaces procedimientos de justicia social. Es además un estímulo constante para los que han alcanzado una situación destacada como también para los que empiezan su carrera profesional.

En cada Estado, existe un tribunal de hombres de ciencia y de moral irreprochables, quienes son los encargados de

apreciar y valorar los merecimientos de cada profesional, para colocarlos en el sitio que sus atributos lo hagan acreedor. El juicio lo forman de acuerdo con su capacidad científica y de acuerdo con sus condiciones de moral profesional; ambos atributos tienen que marchar paralelamente, porque de otro modo la falla en uno de estos dos aspectos significa falla total. Una vez que el joven médico ha entrado en el libre ejercicio de su profesión, no queda apartado de la Escuela que lo formó, sino que continúa ligado a ella por muchas vinculaciones. En primer lugar, el profesional en estas condiciones, es un simple médico, pero si trata de optar alguna especialización, tiene que hacer estudios al respecto, realizar trabajos de importancia y demostrar sus capacidades ante el tribunal mencionado, siempre que haya transcurrido el tiempo fijado por reglamentos especiales después de su graduación. Igual procedimiento tiene que seguir si trata de ser médico de los hospitales y con mayor razón, para profesor universitario.

De desear sería que entre nosotros se estableciese también un escalafón profesional, realizado por un alto y respetable tribunal, puesto que esto significaría un poderoso estímulo para todos los profesionales en el sentido de su mejoramiento, y un poderoso freno para los desvíos de la moral profesional. Este escalafón serviría, además, para establecer categorías entre los profesionales, las cuales deberían servir como normas en sus graduales ascensos, de acuerdo a sus merecimientos. Entonces no tendríamos que presenciar ni las improvisadas especializaciones en todos los ramos de la medicina, ni tampoco el atropello que los audaces quieren realizar en cuanto egresan de su Escuela, tratando de obtener las cátedras de los que fueron sus maestros. Desgraciadamente, esto es bastante posible entre nosotros por varias razones: Primera, porque no todos hacemos verdadera labor de cátedra, y segundo, porque los cambios de la política improvisa a muchos hombres, creándoles alas y capacidades para lo más alto, como si obedeciesen a verdaderos remolinos de viento.

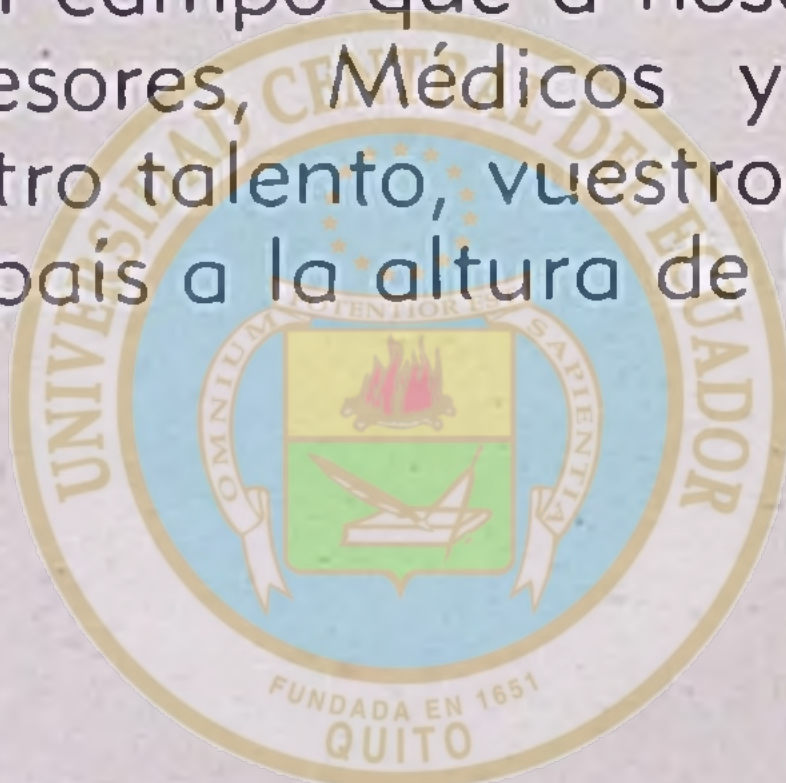
Para terminar esta ya larga exposición, vuelvo a insistir sobre la sinceridad de mi actuación y sobre lo patriótico de mi esfuerzo.

La situación de nuestra Facultad de Medicina deja mucho que desear; antes de mi viaje, yo estaba convencido que

lo hacíamos maravillosamente; hoy sé que podemos hacerlo mejor y que nos falta mucho por realizar para positivo provecho de profesores, médicos, estudiantes, enfermos, escuelas de medicina y hospitales.

En las conversaciones confidenciales sostenidas en los Estados Unidos con médicos y profesores de los países latinoamericanos, también estudiantes en los mismos hospitales, acerca de la forma cómo se realizan los estudios médicos en cada uno de sus respectivos países, he sacado la conclusión de que somos nosotros los que permanecemos en el último lugar. Esta circunstancia de que para lo bueno hemos de ser los últimos y para lo malo los primeros, es verdaderamente doloroso y no debe continuar por más tiempo, por lo menos en el campo que a nosotros corresponde.

Señores Profesores, Médicos y Estudiantes: Vuestro amor propio, vuestro talento, vuestro patriotismo, os invitan a colocar nuestro país a la altura de los más sobresalientes.



ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL